

género. Dios es, pues, finalmente, la *unidad superior* del sér y de la esencia.

Esta deducción se completa por la intuición. Los objetos de nuestros conocimientos analíticos son los espíritus, los cuerpos, los séres formados por la unión de un espíritu y un cuerpo que reunimos en el pensamiento de la Naturaleza, del Espíritu y de la Humanidad. Superior á estos tres géneros, que componen el universo, conocemos aun á Dios, el Sér indeterminado, que, comparado á los séres determinados, se manifiesta como Sér Supremo. Pues estos cuatro objetos de nuestros conocimientos intuitivos corresponden exactamente término por término á las cuatro determinaciones del sér, dadas por la deducción. La *Naturaleza*, en efecto, es la determinación del Sér, en que se halla el carácter predominante de lo infinito ó de la unión necesaria de todo con todo. El *Espíritu* es otra determinación del Sér, en que se halla el carácter predominante de lo absoluto ó de la existencia libre. La *Humanidad* es el Sér en que estos dos átributos se equilibran y se armonizan. El *Sér Supremo*, en fin, es la expresión de Dios como unidad superior de la esencia. Desde luego se puede concluir con toda certeza, que Dios contiene en sí el Espíritu, la Naturaleza y la Humanidad, y que se distingue de cada uno de estos séres como Sér Supremo. Dios está inmanente en todas las cosas; el Sér Supremo es trascendente ó lo supera todo.

De donde se deduce, con motivo de la *cosmología*, que el Espíritu y la Naturaleza tienen una existencia objetiva, y que así el materialismo y el idealismo exclusivo son doctrinas falsas: la verdad está en el *espiritualismo*. De donde se sigue que la Naturaleza, el Espíritu y la Humanidad son á la vez distintos de Dios y unidos á Dios, y que el panteísmo y el dualismo son doctrinas erróneas: sólo el *panenteísmo* es verdadero. De donde se deduce finalmente, bajo el punto de vista de la *lógica*, que conocemos la esencia del Universo tal como es, tal como debe ser, y que así nuestro pensamiento está organizado en armonía con la realidad. El escepticismo á su vez es erróneo en este punto: el *dogmatismo* pretende con justo título que la verdad es posible para nosotros.

Como el Sér es á los séres, la esencia divina es á las diversas esencias que pertenecen á los géneros del mundo. La esencia es desde luego una é indivisa; pues se manifiesta interiormente como contra-esencia, bajo el carácter de la espiritualidad y de la materia-

lidad; en fin es esencia armónica en la naturaleza humana: la esencia divina es superior á toda oposición, como unidad superior de la esencia ó como sobre-esencia. Esta distribución de la esencia se expresa bajo el punto de vista formal en las leyes de la tésis, de la antítesis y de la síntesis:

SÉR SUPREMO.

ESPIRITU.

NATURALEZA.

HUMANIDAD.

La forma de cada posición particular es la *determinación*. Dios como sustancia inmanente es indeterminado. El Sér Supremo es una determinación de Dios. El Espíritu, la Naturaleza y la Humanidad son los aspectos determinados ó los géneros del mundo. La forma de la antítesis ó de la oposición es la *contrariedad*. El Espíritu y la Naturaleza son géneros contrarios: lo que uno es, el otro no es, y lo que uno no es, el otro es. Mas ningún sér es otro ó el contrario de Dios. Cada sér determinado es *positivo*, en tanto que es existente, y *negativo*, en tanto que otros son igualmente existentes. El Sér Supremo no es el mundo, y el mundo no es Dios. Cada género es afectado de negación, pero ninguna negación afecta la esencia una é indivisa. Dios lo contiene todo; cada género por el contrario tiene un contenido determinado, al cual se opone otro contenido. De ahí el *interior* y el *exterior*, el dentro y fuera, cuya línea divisoria es la *limitación*. Todo tiene sus límites en el mundo, sólo Dios es ilimitado y no tiene exterior. La limitación se determina como principio y como fin. De ahí el *finito*. Lo que está encerrado en los límites se llama magnitud ó *cantidad*, principio de las *Matemáticas*.

III. El Sér en relación con su contenido. Considerando á Dios en sí mismo y en su contenido por la combinación de los dos puntos de vista que preceden, se reconoce que el Sér se manifiesta exactamente bajo los caracteres de la unidad, de la variedad, de la armonía, que han sido vislumbrados analíticamente como condiciones de toda organización: de donde se deduce que Dios es también el *organismo*, el organismo uno, infinito, absoluto. La esencia y todos los atributos de Dios están del mismo modo organizados. La forma de la organización es la *plenitud*: Dios, con el universo que está en

Él, es la plenitud de la realidad. La plenitud añadida al fondo ó á la esencia del Sér constituye la *perfeccion*: Dios es infinita y absolutamente perfecto. Nada de vacío, nada de lagunas, nada de defectos, nada de mejoras para Dios. Dios es el ideal para los séres perfectibles, ideal del espíritu, del corazón y de la voluntad.

Se distinguen en el organismo la relacion de las partes con el todo y la relacion de las partes entre sí: la una se expresa en la idea de *causa* ó fundamento, la otra en la idea de *condicion*. La razon determinante es lo que en el análisis llamamos *causa*. Dios es la razon y la causa del mundo, porque el mundo en todas sus partes, como Espíritu, Naturaleza y Humanidad, está determinado conforme á la esencia divina. Dios es tambien el fundamento ó principio de todo lo que es, pero es el mismo sin principio y sin causa, puesto que es el todo. Dios, como tal, es aun sin condicion, es el Sér incondicional ó absoluto, pero en tanto que es y contiene en sí todas las determinaciones de la esencia, que están inseparablemente unidas entre sí, es la condicion primera de todo lo que existe en el mundo. La relacion del mundo á Dios, se designa comunmente por el término de *creacion*. Si se entiende por ello que el mando está en Dios, que depende de Dios, que tiene su causa y condicion en Dios, la creacion es real y aun eterna, porque hasta aquí no hemos encontrado la idea del tiempo; pero si se entiende por eso que el mundo ha sido hecho de la nada, que es obra de la pura voluntad y que subsiste fuera de Dios, la creacion es contraria á la infinidad, á la plenitud, á la perfeccion y á todas las relaciones esenciales de Dios con el universo. Dios, en fin, está íntimamente unido al mundo, tiene conciencia y sentimiento de todos los séres que viven en él, y como tal tiene la *omnisciencia*.

La esencia divina está organizada, y Dios tiene conciencia de esta organizacion. De ahí nuevas relaciones entre Dios considerado en su esencia una y entera y Dios considerado como organismo infinito y absoluto. En estas relaciones están comprendidas las relaciones de Dios con todos los séres. Desde luego la esencia de Dios como Sér es la *misma* que la esencia de Dios como organismo; Dios no tiene más que una sóla y misma esencia, y en consecuencia no es otro en sí mismo que en su contenido; Dios es pues *igual* ó idéntico á sí mismo; en otros términos, Dios es la *identidad* infinita y absoluta. La identidad no excluye la *diferencia* entre las determinaciones de la esencia, pero exige que estas diversas determinaciones

sean aun las mismas bajo alguna relacion ó puedan ser referidas á la *unidad*. Lo infinito y lo absoluto, por ejemplo, difieren entre sí, pero no son más que dos espresiones de una sóla y misma esencia: por eso se unen entre sí en la esencia infinitamente absoluta y absolutamente infinita. Todo se une, todo es uno en Dios. De ahí la aplicacion recíproca de las propiedades divinas, relacionadas unas á otras: Dios es uno en todos sus atributos, Dios es infinito, absoluto, perfecto en todo lo que es. Y como la esencia es infinita, la esencia está en todas partes, Dios está presente en todas las cosas, todo está penetrado de la esencia divina, todo está en todo. Los séres son diversificados segun las *determinaciones* de la esencia, como esencia propia y limitada, pero si se hace abstraccion de estas determinaciones, queda la esencia *pura* y *simple*, que es una y la misma. Las propiedades divinas, el Sér, la esencia, la unidad, la diferencia, la causa, son las *categorías*. Vemos ahora que las categorías son legítimamente reconocidas como *leyes del pensamiento*, y que poseen un valor objetivo y universal. Están en nosotros como están en todas partes, en virtud de la identidad de la esencia. Además, se combinan entre sí en todos los grados y de todas maneras. Ese es el principio del *método* filosófico como instrumento de la determinacion regular y completa de todos los objetos del pensamiento.

La identidad no considera más que la esencia indeterminada ó hace abstraccion de la esencia propia. Sin embargo, puesto que Dios es idéntico á sí mismo en todo lo que es, es tambien idéntico á sí mismo segun la esencia propia. De ahí una nueva propiedad, que nos es conocida analíticamente bajo el nombre de *similitud*: Dios es semejante á sí mismo en todo su contenido, como Sér, como esencia, como organismo, y recíprocamente todo es semejante á Dios. La similitud es la igualdad de la esencia propia. Se aplica de dos maneras. En general, todos los séres son semejantes, en tanto que tienen *igualmente* una esencia propia; son particularmente semejantes los séres que tienen una esencia propia *igual*, es decir, que pertenecen á la misma especie ó que son de la misma naturaleza. El Espíritu, la Naturaleza y la Humanidad están, pues, organizados como Dios, segun las mismas categorías. Mas la Humanidad es sólo semejante *plenamente* á Dios, porque, como Sér de armonía de la creacion, refleja exactamente la armonía de la esencia divina. Lo finito mismo es semejante á lo infinito, porque posee aun á su ma-

nera y en sus límites las propiedades de lo infinito, como lo demuestran las categorías. Pero lo finito no es como tal igual á lo infinito, idéntico á Dios, puesto que lo finito como finito tiene determinaciones que lo infinito como tal excluye. De ahí la *analogía universal*, que se manifiesta como paralelismo en los seres coordinados y como armonía preestablecida en el acuerdo de todas las partes del universo entre sí. De ahí aun el valor propio ó la *dignidad* de cada criatura hecha á imagen de Dios. Así es como lo falso toma el aspecto de lo verdadero, como el mal toma el atractivo del bien, como lo finito y lo imperfecto usurpan el lugar de la perfeccion infinita. Así es como se explica el politeísmo.

Si se relaciona la similitud á la esencia misma del Sér, se obtiene una propiedad nueva. Dios se manifiesta, se indica ó se expresa en todo lo que es; todo es, pues, un indicio, una huella ó un signo de Dios. El signo es, para el análisis, una cosa que recuerda otra, con la cual tiene alguna semejanza. Todo puede ser empleado como signo, en virtud del principio de la similitud. En tanto que las cosas tienen una significacion, se llaman *palabras* y llegan á ser los términos de una *lengua*. Una lengua es un organismo de signos, ya para la vista, ya para el oído. Toda la creacion es un lenguaje divino, todo el universo es la palabra de Dios. De ahí la posibilidad de uno *característico* universal, como pasigrafía y como pasilalia. Principio de la *Filología*.

Dios se manifiesta aun en todas las cosas como organismo ó como armonía de la esencia. Esta deducción corresponde á lo que llamamos lo *bello*. Lo bello conviene á todo lo que está organizado. Dios es, pues, como organismo, la belleza infinita y absoluta. Lo bello concuerda necesariamente con lo verdadero y con todas las demás propiedades divinas: todo lo que es bello es verdadero, todo lo que es verdadero es bello. Lo bello es absoluto y debe amarse de una manera absoluta, por sí mismo. El sentimiento de lo bello es puro, desinteresado, religioso. Lo bello se determina como lo verdadero segun las categorías. Principio de la *Estética*, valor del arte.

Sabemos que Dios es idéntico á sí mismo en todo lo que es. Pues Dios es en sí mismo el sér infinito, y contiene en su esencia las cosas determinadas ó finitas. Es además idéntico á sí mismo, por consiguiente *infinito*, en tanto que es y que contiene en sí lo *finito*. Ese es un teorema fecundo en consecuencias para la *Cosmología* y

para las *Matemáticas*. Resulta desde luego, que el Espíritu, la Naturaleza y la Humanidad, que componen el mundo y que son constituidas segun la esencia divina, son infinitos. Y no obstante, son determinados, por tanto limitados y afectados de negacion; son géneros, no son todo. ¿Cómo, pues, deben ser infinitos? Son *infinitos de una manera relativa*; son infinitos, porque son *todo*, cada uno *en su género*. No hay más que una sola Naturaleza, que es toda la Naturaleza, y que carece de límites en su dominio, puesto que no existe ninguna otra realidad del mismo género, que pueda limitarla. El mundo espiritual y la Humanidad son igualmente infinitos en su género, y en consecuencia la Humanidad terrestre no es más que una parte de la Humanidad universal. Es cierto que el universo es infinito en sus diversos órdenes: esta es la consecuencia necesaria de un principio cierto. La síntesis en este punto completa el análisis, que no prueba más que la inmensidad de la Naturaleza. Pero la distancia subsiste entre el universo y Dios, porque el mundo es una coleccion de infinitos relativos, mientras que Dios es lo infinito absoluto, fuera y sobre todas las potencias de lo infinito. Entre lo infinito absoluto, que es sólo y único, y los infinitos relativos, que son múltiples, hay la misma diferencia y la misma relacion que entre lo absoluto y lo relativo, entre lo infinito y lo finito, entre el todo y la parte.

El Espíritu, la Naturaleza y la Humanidad tienen su *contenido* y su *plenitud* como Dios, y son de nuevo semejantes á Dios bajo esta relacion. Su contenido es pues infinito. Y no obstante este contenido no puede consistir sino en cosas finitas, puesto que cada una es toda la realidad de su género: la Naturaleza no abraza más que los cuerpos; el mundo espiritual, los Espíritus; la Humanidad, los hombres. ¿Cómo pues cada orden del mundo es infinito en su contenido? Es infinito, porque contiene en sí una *infinidad de cosas finitas*. Esta infinidad constituye su plenitud. Es, pues, verdad decir, que los Espíritus, los cuerpos y los seres formados por la union de un Espíritu y de un cuerpo son innumerables ó exceden á todo número, como hemos sospechado en el análisis. Está igualmente fuera de duda desde luego que existen para los hombres otras mansiones más allá de nuestro globo. La síntesis confirma y demuestra aquí una induccion de la *Astronomía*.

Cada sér finito es de nuevo semejante á su género y por consecuencia semejante á Dios. El hombre es á la Humanidad como la

Humanidad es á Dios en la proporcionalidad universal. Dios es infinito, la Humanidad es infinita en su género: ¿qué hay pues de infinito en el hombre? El hombre es *infinitamente finito*, enteramente limitado, determinado bajo todos aspectos y bajo todas relaciones. Debe, pues, existir en cada orden del mundo una infinidad de seres, de que cada uno es infinitamente finito: así lo quiere la deducción. ¿Mas qué es un ser infinitamente finito? La intuición nos lo indica, es un *individuo*. El individuo es un ser en el que todo es finito, cuya determinación es impulsada á lo infinito, si bien el ser así determinado difiere de todos sus semejantes y representa su género de una manera única ú original. Existe, pues, un *principio de individualidad*. Los individuos no son modos de la sustancia, sombras, momentos de desenvolvimiento de Dios, como expresa el panteísmo; existen en sí mismos, tienen su razón eterna en la esencia divina y son aun semejantes á Dios por su esencia propia, por su originalidad, por el carácter infinito de su determinación. Envuelven lo infinito en potencia sino en acto, y son determinables hasta lo infinito en la ciencia. Su extensión lógica es nula, son indivisibles, pero su comprensión no tiene límites.

El individuo tiene también su contenido y su plenitud. No contiene seres, sino estados, actos, fenómenos. Cada una de estas determinaciones de la esencia es á su vez semejante al todo: es sola y única, es original, es infinitamente determinada y excluye en consecuencia toda otra determinación. Todo es diferente de todo, todo es siempre nuevo en el mundo. Eso es lo que Leibnitz llamaba *principium identatis indiscernibilium* y que se podría mejor llamar principio de originalidad. Cada determinación de un ser finito está envuelta en la esencia del individuo en el estado de posibilidad ántes que se realice. ¿Pero cuántos estados hay posibles para un ser finito? En virtud del principio de similitud, cada esencia individual tiene su plenitud y abraza una *infinidad de estados infinitamente determinados*. Aplicando esta proposición al espíritu humano, al yo, y combinándola con el principio de individualidad, se entrevé ya la posibilidad de la inmortalidad del alma. Mas falta saber cómo las cosas que se excluyen pueden subsistir en la misma esencia. La contradicción se disipa por la noción del tiempo.

Puesto que Dios es la esencia una y entera, contiene también en su esencia la infinidad de las determinaciones infinitamente finitas que afectan los seres finitos y que forman en cada instante el estado

del mundo. Cada estado del mundo es único y excluye todo otro estado. La forma de esta propiedad divina, que se deduce de la infinidad de la esencia considerada en sí misma y en sus determinaciones interiores, corresponde á esta forma del cambio que conocemos intuitivamente con el nombre de *tiempo*. Por el tiempo es como los estados que se excluyen se hallan no obstante en la misma esencia y se realizan bajo forma de sucesión. El tiempo es, pues, una propiedad de Dios y desde entonces el tiempo es uno, infinito, absoluto en su género. Mas no es Dios quien está en el tiempo, sino el tiempo quien está en Dios. El tiempo no concierne á la esencia una y entera, que es inmutable, por consiguiente eterna, sino solamente á las manifestaciones interiores de la esencia, que consideran el mundo y se modifican sin cesar. El tiempo se divide en dos partes á contar del *instante actual*, el *pasado* y el *futuro*: la primera está sin principio y la segunda sin fin, de donde se sigue que el pensamiento es igual á lo venidero y que el instante actual es siempre mediante el tiempo. El tiempo infinito es la *presencia* de Dios. La misma proposición se aplica á los seres finitos, como lo prueba la psicología. La esencia como tal es eterna, pero se modifica interiormente bajo la forma del tiempo, quedando enteramente la misma. De ahí la posibilidad de un desenvolvimiento sin fin de todos los estados que están envueltos en la esencia individual. La serie continua de estos estados es el *mudar*.

Dios es la causa una y entera, es causa según todas las formas de la existencia: es además la *causa temporal* del *mudar* en el tiempo infinito, porque todo se desenvuelve en el mundo conforme á la esencia divina. La causalidad de Dios está organizada como las otras categorías. No suprime la causalidad de los seres finitos; la contiene, es su fundamento. Cada ser, en virtud de su esencia propia y de su similitud con Dios, es causa primera de sus actos en los límites y condiciones de su Naturaleza. De ahí el conflicto de los seres finitos colocados juntamente en el mismo mundo, obrando y resistiendo libremente unos sobre otros; de ahí la *contingencia* y el *acaso*, desconocidos para lo determinado. Pero Dios no solamente es la causa temporal del *mudar*, es además su *causa íntima*, porque tiene la conciencia y el sentimiento de todos sus atributos. Esta nueva propiedad corresponde á lo que se llama la *vida*. Dios es, pues, la vida, la vida una, infinita, absoluta; no es solamente el Eterno, es además el Dios viviente. La vida es inseparable del tiempo, es